

disputaban los personajes más prominentes de la alta sociedad parisiense, hasta el extremo de que se ha asegurado que uno de sus primeros amantes fué el célebre Aguenor, Duque de Guiche, que era entonces también Conde y más tarde Duque de Gramont y Príncipe de Bidache. Este personaje, con el transcurso del tiempo, había de ocupar la cartera de Negocios Extranjeros en las postrimerías del Segundo Imperio, siendo a él a quien incumbe la responsabilidad material de haber declarado la guerra a Prusia en 1870. Otros personajes de no menor relieve de los que frecuentaban la casa de la futura Margarita Gautier, fueron el Conde de Monguyon, el Marqués Aguado de las Marismas, el hijo del Prefecto de Policía, Eduardo Delessert, el antiguo Embajador de Rusia en Viena, Conde de Stackelberg, a pesar de sus ochenta años, el Príncipe de la Moskowa, el Conde de Cambis, Charles Laffitte, Casimir Delamarre, el Príncipe de Belgiojoso, el Vizconde Edouard de Perrégaux, de quien hablaremos después, y según rumores no confirmados plenamente, Alfredo de Musset y Eugenio Sué, para no hablar de otras numerosas personalidades conocidísimas en la sociedad parisiense de la época.

Nos encontramos aquí ante un caso verdaderamente extraordinario como lo es el de que una muchacha de tan humilde origen haya sabido conquistar a hombres de positivo mérito, que sin duda no se hubieran dejado apresiar tan sólo por las gracias físicas de la famosa cortesana. Y es que María Duplessis, en cuya boca pone Dumas esta frase: «Soy una pobre muchacha campesina que a los siete años no sabía escribir mi nombre», tuvo la suficiente fuerza de voluntad de consagrarse al cultivo de su espíritu al mismo tiempo que a la adoración de su cuerpo, y al cabo de pocos años, después de recibir lecciones de numerosos profesores, se hallaba ya, como las mariscalas del Primer Imperio, en condiciones de poder sostener una conversación interesante, de conducirse con propiedad, de bailar admirablemente y de cultivar la música. Tomó gusto por lecturas que no son el pasatiempo habitual de las vendedoras de sonrisas, como lo demostraron los doscientos volúmenes que a su muerte se vio que formaban su biblioteca y que fueron parte de su patrimonio y objeto de remate.

Como antes decíamos, no tardó en establecerse un idilio entre María Duplessis y Alejandro Dumas, a pesar de que éste no se hallaba en condiciones materiales de poder soportar la pesada carga que implicaba el lujo deslumbrador de aquella mujer a la que se disputaban personajes tan encumbrados. Sin querer profundizar el desenlace de esa aventura sí cabe decir que hubo un momento en que la cortesana se sintió tan enamorada de su poeta, como llamaba al futuro autor de *La Dama de las Camelias*, que parece que llegó hasta a proponerle abandonar la vida de la galantería, sin que sepamos a punto fijo si tal sacrificio

se hallaba por encima de las fuerzas de la costumbre, o si el amante tuvo miedo de un compromiso tan temible. Posiblemente, colocado él mismo, por el exceso de su pasión, en esa alternativa que ponía en pugna a su amor con su honor, o no osando pedir bastante, o temiendo obtener demasiado, el caso es que se llegó finalmente a la ruptura. Esta asumió la forma de una carta que, *mutatis mutandi*, conocen todos los que han presenciado la obra teatral, aunque sin contener ciertas frases que el autor dramático creyó deber intercalar a su primitiva esquela, que decía así:

«Mi querida María:

«No soy ni bastante rico para amaros como quisiera, ni bastante pobre para ser amado como vos lo deseáis. Olvidemos, pues ambos: vos un nombre que debe seros punto menos que indiferente, y yo una felicidad que se me ha hecho imposible.

«Es inútil que os diga cuán triste me encuentro, puesto que sabéis ya cuánto os amo. Adiós pues. Tenéis demasiado corazón para no comprender la causa de mi carta y demasiado talento para no perdonármela.

«Mil recuerdos.

«A. D.»

Esa carta que lleva únicamente por fecha la de «30 de agosto a media noche», es sin duda del año 1845, y con ella puso punto final Alejandro Dumas a sus amores con María Duplessis, a la que su destino no le habría de consentir volver a ver puesto que cuando murió su futura heroína se encontraba ausente de París.

El mal que aquejaba a la cortesana iba acentuándose de día en día en día, sin que por eso se sintiera inclinada a cambiar de género de vida, lo que sin duda contribuyó a precipitar el fin, pero todavía hasta pocos meses antes del desenlace, se vio rodeada de adoradores, siéndole fieles hasta su muerte por lo menos dos, el Conde de Stackelberg y el Vizconde Edouard de Perrégaux, de quien ofrecimos algunas líneas antes y ahora nos volvemos a ocupar con más amplitud.

Nieto del Mariscal Macdonald, era este joven un brillante oficial de caballería que, arrastrado por los placeres de la vida parisiense, presentó su dimisión, llevando desde entonces como único objetivo de su existencia el de hacerse amar por María Duplessis. Comprometió muy seriamente su fortuna para conseguir de su amante una fidelidad que ésta no quería o no podía concederle, y llegó por fin a comprometer su nombre, casándose con ella.

En efecto, según documentos incontestables, el 25 de enero de 1846 María obtuvo de la Prefectura de Policía un pasaporte para Londres, extendido a nombre de la «señorita Alfonsina Plessis», pues abandonando la gloria de la cortesana, la joven partía rumbo a Londres acompañada de Edouard de Perrégaux. En la capital inglesa se alojaron en 37, Brompton Row (Kensington), y pocos días después de su lle-

gada, el 21 del mismo mes, quedaban unidos por los lazos más legales.

Esa unión, perfectamente legal en Inglaterra, no hizo renunciar a ninguno de los contrayentes a su libertad. Parece que no tuvo otra excusa para el amante que su debilidad, puesto que pocos días después del matrimonio se sintió ya sin valor para sostener el compromiso contraído, mientras que la excusa para la querida no fué otra que la de satisfacer su vanidad, puesto que María Duplessis, desde su regreso a París, hizo marcar sus prendas íntimas, su carruaje y hasta su servicio de mesa con una corona condal.

Entre las cartas dadas a conocer a propósito de esta célebre mujer, figura la siguiente que podría ser considerada como el primer paso de esa separación amistosa:

«Mi querido Edouard:

«En todo lo que me habéis escrito, no veo sino una cosa a la que deseáis que os conteste, hela aquí:

«Queréis que os diga por escrito que sois libre de hacer lo que mejor os parezca. Yo misma os lo dije antes de ayer, os lo repito y lo firmo.—*Marie Duplessis*».

Pocos meses después de esa boda inexplicable, la Duplessis comenzó a agravarse a pasos agigantados y a ver cómo poco a poco iba formándose en torno de ella el vacío, y cómo después de haber vivido durante su breve carrera de cortesana en medio de la opulencia y del lujo, comenzaban los apuros materiales y las preocupaciones más mezquinas de dinero.

Por fin, después de una larga agonía, para alivio de la cual fueron impotentes los esfuerzos de la ciencia, María Duplessis murió el miércoles 3 de febrero de 1847, poco después de cumplir veintitrés años. Parece que tuvo miedo a la muerte y que retrocedió de espanto ante ese terrible fin, habiendo sido sepultada en el Cementerio de Montmartre, de donde pocos días después extrajo sus restos M. de Perrégaux, para darles sepultura definitiva en un lote que al efecto adquirió en el mismo cementerio.

Llegado a París a los pocos días de la muerte de su antigua amante, Alejandro Dumas sintió renacer en su corazón con mayor fuerza que nunca su antigua pasión, y en *Pecados de Juventud*, poemas que publicó en el curso del mismo año de 1847, las páginas más sentidas son las que consagra a la memoria de sus juveniles amores.

Poco después hubo de convencerse de que Dumas padre, a pesar de la vida y lujo que llevaba, no era rico. Los acreedores, cada vez más apremiantes, hicieron salir al joven de la disipación y resolverse a escapar a la esclavitud de las deudas. Con ese fin, vertió las emociones que había vivido—era demasiado joven para pensar, pues no contaba ni veintiún años—todo lo que había observado y estudiado de la turbulenta vida de París, en *La Dama de las Camelias*.

La necesidad de más dinero le hizo dar forma dramática al mismo relato, no obs-